

CAPITULO V.

LAS ELECCIONES DE 1869 Y SU TRASCENDENCIA POLITICA.

Una gran decadencia en el Emperador y un gran despertamiento en la opinion; esto y no otra cosa iban á revelar en su conjunto, y desde el primer dia revelaban en cada uno de sus detalles las ruidosas elecciones de 1869, que habian de producir la última Asamblea del Imperio. Desde aquellos momentos felicisimos, precursores de 1789, en que merced á la prodigiosa educacion, obra del espiritu inquieto y progresivo del siglo décimo-octavo se reunieron en los votos y aspiraciones, en las ideas y fórmulas de los ayuntamientos, de los consejos, de los Estados, todas las doctrinas de la revolucion francesa, con extraordinaria lucidez compendiadas, y con viril energía pedidas y reclamadas, jamás se habia visto en la historia de Francia una lucidez de ideas y un aliento de voluntad tan insistentes en reivindicar el principio más esencial á la vida, y más olvidado en los comienzos del ciego cesarismo, el principio de libertad. Los ánimos estaban de tal manera exaltados por su ideal é implacables contra el César que se creyó posible bajo el nombre,

un tanto gastado ya en España, de union liberal, reunir á la sombra de una sola bandera á todos los enemigos del Imperio, que marcharian compactos á la conquista del derecho en el campo pacífico de unas elecciones generales, último esfuerzo necesario para expresar por los medios legales y de orden la voluntad de la nacion. La Restauracion decian los partidarios de esta idea, con ser monarquía católica, y borbónica fué mucho más liberal que el Imperio; la monarquía de Julio mucho más liberal; y no hay que hablar de la República, muerta á manó airada por la incompatibilidad de su esencia en la soberbia de la dictadura, pues los partidarios de estas tres soluciones pueden reunirse con el propósito de derrocar al trono y de pedir las libertades fundamentales, previo indispensable procedimiento á la clara expresion de la voluntad nacional. La idea era á primera vista seductora; pero en realidad impracticable. Los dos opuestos extremos de la política, los dos partidos que creen representar los dos polos de la sociedad, el uno, la doc-

trina de lo pasado, el otro, la doctrina de lo porvenir, tocados ambos de esa falta de sentido práctico, que parecen haber recibido de la naturaleza para impedir que la sociedad se caiga, como un ébrio, á la derecha ó á la izquierda bruscamente; estos dos partidos, soñadores y vagos, rechazaron toda alianza porque el uno la quería para restaurar en el centro de Europa el régimen teocrático, y el otro para implantar los principios socialistas, ambos para una utopía igualmente imposible. De consiguiente, cada partido iba á las urnas, separado y con su bandera, pero todos juntos y unidos en el odio comun al gobierno del Imperio y á la persona del César.

Así no es maravilla que sordas preocupaciones y profundas inquietudes oscurecieran la inteligencia y embargaran la voluntad del dueño de Francia, en esta hora angustiosa y suprema. Las elecciones se verificaban tristemente en circunstancias difícilísimas. La aureola de gloria del Imperio, que siempre fué á los ojos perspicaces una aureola de nieblas, la aureola de gloria se había disipado hasta á los ojos más vulgares. Herido en Méjico, herido en Sadowah; el Imperio americano de que se había declarado protector en el suelo, y el Imperio europeo de que se había declarado enemigo en el zenith; no tenía ya manera de engañar al orgullo nacional francés, ni de compensar con una brillante supremacía en el mundo la triste ausencia de la libertad y del derecho. Luego su ministro de Estado había dicho melancólicamente que la generacion fundadora del Imperio, pudria tierra en su mayor parte, y había dicho la verdad. Los gobiernos y los partidos no fijan su atencion jamás en el hecho capitalísimo de la historia, en el que ejerce más soberana influencia sobre la política, en el flujo y reflujo de las generaciones. Solemos quejarnos de haber nacido mortales, quisiéramos fijar la rueda de nuestra vida que camina con una rapidez tan vertiginosa hácia el sepulcro, y no consideramos que uno de los presentes

más bellos de Dios al hombre, es la muerte. Perpetuad las generaciones sobre el planeta y vereis cómo se perpetúan la supersticion y el error. Los ánimos apocados pueden mirar la muerte en su desnudez como la diosa que destruye; los ánimos levantados la mirarán en su fecundidad como la diosa que renueva. Ya la generacion que se asustó de la libertad, que renegó de la República, que se echó en brazos del Imperio por huir de la utopia, había sucedido una generacion ménos inquieta, poco revolucionaria, enemiga de la fuerza, pero profundamente republicana y democrática. A los ojos de la generacion que fundó el Imperio las utopias aparecian como los cometas á los ojos de la antigüedad, como cuerpos sangrientos que llevaban ciudades de tumbas y nubes de males, como espadas es-terminadoras puestas en las manos de ángeles invisibles, para que las esgrimieran contra la humanidad y sus obras. A los ojos de la nueva generacion, las utopias aparecian como los cometas á los ojos de la ciencia. No son cuerpos, cuya marcha se pueda fijar con la exactitud con que se fija la marcha de los otros cuerpos celestes; pero no son tampoco cuerpos perturbadores y anárquicos en el sistema planetario, su choque con nuestra tierra no produciria más efecto que el choque de una mosca con un tren; y en su materia difusa en sus gases resplandecientes, en su misteriosa cabellera desprendida de la guedeja del sol, acaso llevan el gérmen y la esperanza lejanísima de una mera creacion. Déjeseles, pues, discurrir por los espacios. En tal manera el sentido de la nueva generacion, estaba así formado que Napoleon sacó de las inmensas cloacas de París, todas las suciedades demagógicas amontonadas por veinte años de Imperio, y no pudo aterrarla. La nueva generacion detestaba la demagogia, pero era por lo que la demagogia tenía de contraria á la libertad y á la República. La nueva generacion aborrecia al Imperio que los Catilinas de arriba erigieron contra los

Catilinas de abajo; pero sin dejar por eso de ser tan demagogo como la más desenfrenada demagogia, y su principal promovedor, y su cómplice. No había, pues, medio de ganar un alma indomable, un alma indisolublemente unida á la libertad, el alma de una generacion que venia resuelta á destruir el Imperio y á fundar la República. Con estos dos graves inconvenientes, con estos dos insuperables obstáculos tenía que luchar el Emperador, con su propia disminucion y con el crecimiento de las opiniones republicanas. Así se presentaba en los comicios, incierto en sus ideas, inseguro en su política, aterrado de su decadencia con el partido imperial, separado en reaccionarios y en reformadores, mientras los partidos contrarios se unian en el odio al Imperio cesarista, y en la proclamacion de las libertades necesarias.

Los déspotas se parecen á los conspiradores en una cosa, en que creen con pequeños medios conseguir grandes fines. El conspirador afila su puñal, y cree que matando un tirano, ha matado del mismo golpe la tiranía; el déspota apareja sus medios de corrupcion, y cree que corrompiendo á un tribuno, ha corrompido también la libertad. Ni el uno puede perturbar á su antojo la estabilidad social, que no se mueve al capricho de nuestra voluntad como no se hincha la vela del barco al soplo de nuestros labios; ni el otro puede detener el progreso, que no se tuerce á la fuerza como no se detiene el torrente al dique de nuestros brazos. La estabilidad social se mantiene á despecho de los perturbadores; y el progreso social se verifica á despecho de los déspotas. Pero nadie le quita de la cabeza á un déspota, sobre todo si ese déspota ha sido antes conspirador, que los millares de funcionarios sometidos á su voluntad, los cientos de millones amontonados en sus arcas, los cortesanos anhelantes por recoger las migajas de sus banquetes y las sonrisas de sus labios, los esbirros que celan hasta el

sueño de los ciudadanos, los centinelas que guardan sus casas, la multitud de inertes que adoran la fortuna y la otra multitud de utilitarios que solo anhelan el reposo, todos estos elementos juntos bastan para falsear la voluntad de una generacion y para impedir el triunfo de una idea. Luis Napoleon todavía se propuso más que esto en la contienda de las elecciones; Luis Napoleon se propuso falsear por completo la opinion pública, la voz de la conciencia nacional, convertir el trueno del cielo en un clarinete de su orquesta de antecámara. Así pensó en una inmensa falsificacion de la prensa. Sus arcas particulares y las arcas del Estado se abrieron á este fin; las hojillas de anuncios devotas al Imperio y ecos de las prefecturas se convirtieron á una en periodicazos políticos; los redactores de París, más hábiles en manejar el arma emponzoñada de la calumnia, más al cabo en conocer los medios de corrupcion y de amedrentamiento, los halagos y las amenazas, salieron en peregrinacion á las capitales de provincia para ponerse al frente de los diarios propagandistas; los candidatos oficiales se vieron obligados y constreñidos á proveer de sus fondos particulares á esta falsificacion universal; activáronse las correspondencias de Florian Pharaon, correspondencias autógrafas de un amigo antiguo del Emperador y de un devoto decidido del Imperio; sedújose por dinero al jefe de otra casa de publicacion y al director de otra série de cartas para que deslizara en sus correspondencias, regularmente admitidas por los periódicos de oposicion, veneno imperialista; y mientras el telégrafo, en manos del Gobierno, se apercibia á no divulgar nueva alguna que no fuera favorable á los intereses dinásticos, la *agencia Havas*, con su inmensa publicidad, con sus innumerables recursos, con su red tendida sobre todas las publicaciones, divulgaba en alas del rayo ciegamente sometido por el fatalismo de la materia á la voluntad del Gobierno, los partes telegráficos que más pudieran dañar á la li-

bertad y favorecer al César. Nada se perdonó. El periódico oficial, lo mismo en su edición grande que en su pequeña edición, los monitores municipales que parecían ajenos a los problemas políticos y a las contiendas de elección, la prensa de cuentos, de escándalos, de causas célebres, que se publica en París, trocáronse prontamente en hojas de propaganda imperialista. Un periódico literario, sin depósito, que hubiera querido salir de su esfera y entrar en la esfera política, al momento lo suprimían; pero un periódico literario, sin depósito, podía muy bien burlarse del candidato de oposición, ponerlo en ridículo, cantar las glorias científicas de los candidatos ministeriales, aunque ninguno de ellos hubiera inventado la pólvora; y componer una novela en que pintara todos los círculos del infierno enroscándose como una inmensa serpiente al cuerpo de la República y todos los luminosos círculos del Paraíso flotando como una inmensa diadema sobre las augustas sienes del Imperio. Se le dió dinero a Mr. Milaud para que en los doscientos cincuenta mil ejemplares de su periodiquito literario deslizara la propaganda imperialista; se ajustaron, como quien ajusta cualquier vil mercancía, los números que debían mandar de más los periódicos devotos; y al *Pueblo* se le consignaron sesenta mil francos mensuales por diez y ocho mil números diarios que debía repartir gratis, y a la *Patria* ciento veinticinco francos diarios por cada mil números que publicara y repartiera sobre su tirada ordinaria. Con *El Figaro*, que de un lado publicaba apologías al conde de Chambord y de otro lado artículos de Rochefort, se concluyó un contrato vergonzoso para que publicara también apologías del Emperador. Y la cantidad á que se elevó el importe de esta falsificación fue doscientos mil francos mensuales, con lo cual creían haber ganado la conciencia pública. No se pueden repetir las minuciosidades que contaban los papeles secretos de las Tullerías, por respeto á la dignidad

de los lectores, y por consideración al pudor eterno de la historia.

Y eso que el partido republicano, depositario de la única fórmula que podía sustituirse al Imperio y capaz de la única política que podía realmente quebrantarlo, se esterilizaba y se perdía en estúpidas divisiones, así de ideas como de personas, divisiones que á un mismo tiempo le quitaban el sentido de la realidad y el empuje de la fuerza. Las divisiones de ideas eran lamentables, pero eran mucho más lamentables todavía las divisiones de personas. En las divisiones por las ideas entra la fé, la conciencia, el espíritu, la razón, algo que anima y fortifica; en las divisiones por las personas sólo entra la pasión, la cólera, la venganza, las rencorosas ambiciones, todo cuanto corrompe y destruye. En el partido republicano francés había un tipo, el republicano revolucionario, honrado en su vida, entero en su carácter, de antiguos servicios y de indómitas esperanzas, que sufrió las condenaciones á muerte, los destierros perdurables, todas las desgracias con frente serena y corazón resuelto; pero que contrastaba todas estas calidades con la estrechez de miras, con la intransigencia de ideas; siempre el odio en el pecho y la murmuración en el labio; jacobino impenitente, terrorista decidido, por único ídolo Robespierre, por única gloria la Convención, por únicos elementos de progreso las revoluciones, por único ideal la República autoritaria; juzgando, por tanto, con ira y creyéndolos traidores á todos aquellos que no participaban de sus dogmas, á todos aquellos que no caían en su intransigencia, á todos aquellos que odiaban el terror y la guillotina, á todos aquellos que pedían una política republicana, sí, pero acomodada al carácter de nuestros tiempos y á la naturaleza y á la idea de las nuevas generaciones. Luego la República se perdió, y á la pérdida de la República siguieron las implacables persecuciones del Imperio y la larga servidumbre del pueblo. Y to-

dos se echaban unos á otros encima la responsabilidad de esta desgracia. Y los más responsables, los más culpados, que eran á la verdad los más intransigentes; aquellos que excitaban al pueblo contra el gobierno republicano; que sembraban de utopías tempestuosas el camino de la democracia; que hacían manifestaciones aterradoras; que iban á la Asamblea para disolverla y armaban el pueblo para lanzarle sobre las barricadas; que preferían la increíble candidatura de Raspaille en la presidencia á la sensata candidatura de Cavaignac, soldado sí, pero soldado leal á la República; que empeñaban las horribles jornadas de Junio y las ridículas jornadas del Conservatorio; que descorazonaban al pueblo y le pedían su sangre para una utopía imposible, concluyendo por traer una reacción espantosa; aquellos eran los más empeñados en fomentar las divisiones, y en atribuir la muerte de la República á la incapacidad de sus primeros hombres, cuando realmente hay que atribuirla al desasosiego, á la inquietud, á la fiebre, á la ira de estos torpes é intransigentes sectarios. Y luego el amor á la novedad, y el carácter impresionable del pueblo francés hacia que se elevaran á la categoría de los primeros los últimos venidos, y que esto trajera el despecho de los antiguos y la impaciencia y la exacerbación de los nuevos. Así contra Carnot se opuso el nombre de Gambetta, contra Thiers el nombre de Althon-See, contra Julió Favre el nombre de Rochefort; y el director del *Reveil*, en su enemiga á todos los republicanos que disientan de su estrecho jacobinismo, opuso en todos los distritos de París á los nombres de Simon, Pelletan, Picard, el nombre de un oscuro hermano de Baudin, del mártir ilustre de la libertad y de la República.

Hasta aquí las divisiones de personas. Hablamos ahora de las divisiones de ideas. Una parte considerable, muy considerable del partido republicano, se daba con furor al punto

de la utopía socialista. Mejorar las condiciones sociales de las clases pobres debe ser el fin de todos los gobiernos. El mejoramiento de las clases pobres debe ser un resultado de todas las fuerzas de la sociedad, y no exclusivamente de las fórmulas políticas. Para el problema social hay que tener en cuenta, no sólo la libertad, el derecho, forma de gobierno, sino también leyes económicas y hasta cosmológicas, que no se subordinan fácilmente á las combinaciones políticas. En donde las lluvias sean frecuentes, el problema de mejorar la condición del pobre será más fácil que en los territorios secos, pedregosos, áridos. Un canal de riego que atravesara Andalucía haría más por los pobres andaluces que todas las series falansterianas y todas las fórmulas cabetistas. Nadie se opone á la mejora social de las clases desheredadas. Pero á lo que se oponen juntamente el sentido común y el sentido político es á que, so pretexto de mejorar las condiciones de las clases pobres, se ataque la propiedad, raíz de las libertades individuales; se divulguen ideas comunistas que son en el fondo ideas reaccionarias; se acredite, en el concepto de los pueblos civilizados, el sistema nihilista de los sectarios rusos que, imbuido de asqueroso materialismo, es una reacción vergonzosa á todas las vejezas de la sociedad absolutista, desde las comunidades de la India hasta los conventos de nuestra España. Y sin embargo, cuando la primera reunión del partido republicano se conviniera y celebrara, con objeto de dirigirse al pueblo francés y pedirle su apoyo, no hubo medio de redactar un programa de gobierno, porque los socialistas no quisieron que contuviera ninguna declaración á favor de la propiedad; error lamentable, de graves y lamentables consecuencias; error que nos apartaba á las clases de verdadera influencia social, y nos comprometía con el pueblo á esperanzas y á promesas que, no pudiendo ser cumplidas, habían de redundar por fuerza en daño de la libertad y de la Re-